



PARA ORAR NO HAY «CASIS» NI MEDIAS TINTAS EN ESTA HISTORIA

Carolina Biarge

Para el que lleva la oración...

(En un lugar visible ponemos unos prismáticos y una cruz).

Comenzamos nuestra oración haciendo silencio. Nos hacemos conscientes de nuestra respiración. Cuando inspiramos pedimos internamente que su Espíritu nos llene y nos dé Vida.

(Dejamos un momento breve de silencio).

Estos días giran en torno a la Semana Santa. Y nos puede sonar a muchas cosas: a vacaciones, a cofradías, a unos días de retiro, a parar un poco para coger fuerzas y seguir... Y vemos como símbolo una cruz y unos prismáticos. La cruz, que habla por sí misma, aunque muchas veces no la entendamos o nos cueste... Y unos prismáticos, algo que usamos cuando queremos ver algo que sabemos que está lejos.

Eso deseamos este rato de oración: dejar que tu Espíritu nos abra por dentro y nos acerque al misterio de tu Pasión, de tu amor desbordante.

Vamos a reconocer dónde estamos nosotros con una canción. Puede que al escucharla brote en mí aquello en lo que me estoy quedando a medias, algo que deseo y no consigo, aquello en lo que no me «mojo» por miedo a salir perdiendo o porque me lie mucho, aquello que no intento por comodidad, aquello que ni me planteo porque no cabe en mis esquemas ni en mi agenda...

(🎵 Escuchamos la canción «Casi» de Melendi y dejamos un momento de silencio).

Caigo en la cuenta de mis «casís»: de dónde estoy llegando tarde, donde no me implico, donde están esas cerrazones que no dejan que la Vida se abra...

(Dejamos un espacio de tiempo para reflexionar).

Sabemos dónde estamos y queremos saber a dónde nos llamas escuchando tu Palabra. Escuchamos un pasaje algo desconcertante en el que se habla de la invitación a un banquete.

Para entender mejor, hay que saber que en las comunidades del tiempo de Lucas había cristianos venidos del judaísmo y cristianos venidos de los paganos. Había muchas dificultades pues los judíos tenían muchas normas de pureza legal que les impedían comer con los paganos. Por eso, Lucas guarda una serie de palabras de Jesús respecto a la comunión alrededor de una mesa. Además, los judíos comparaban el tiempo futuro del Mesías a un banquete marcado por la hartura, gratitud y comunión.

Teniendo todo esto en cuenta, escuchamos el texto.

(Leemos Lc 14,15-24).

Vemos que el señor de la casa invita a un gran banquete y los distintos invitados se van excusando. Prefieren seguir en sus actividades, están demasiado ocupados en lo suyo, en sus «casos» como para salir de ahí e ir a esa gran invitación. Son excusas «poco serias»: nadie en esa época (ni ahora) compraba un campo sin verlo, ni una yunta de bueyes sin probarla. Otra cosa es «me apetece más quedarme en lo mío, en lo que me preocupa o me gusta que ir a lo que me invitas». Pero ahí está la invitación. Entonces y ahora.

Dice que salga a invitar a los que entonces se consideraban como impuros, y por tanto excluidos: los pobres, lisiados, cojos. Incluso se atre-

ve a invitar a los que van por los caminos, los paganos. No va de lógica, ni de mejores ni peores, sino de escuchar a la invitación y responder. De ampliar, amar y no excusarse.

Es momento de poner los ojos en Jesús y dejar que solo como él sabe hacer, recoleque todo en su verdadero lugar.

(Dejamos un espacio de silencio orante. Luego se puede compartir libremente las resonancias o peticiones de cada uno).

Aquí estamos nosotros, aquí está tu cruz. Ahí siempre dándolo todo y a todos sin excepción. Ese amor entregado más allá de toda lógica, de todo cálculo, de todo miedo y comodidad. Él nos conoce, conoce nuestros «casos». Y es a nosotros, que nos decimos servidores creyentes, a quienes nos invita una vez más a su banquete, a vivir de esa entrega, de ese amor que no conoce límites. De nosotros depende.

Sea como sea, no hay medias tintas en esta historia: o entras al banquete o te quedas fuera. Ojalá no seamos de los que no se mojan en la vida y vayamos saltando todos los charcos. Terminamos nuestra oración dejándonos en sus manos, sabiendo que sin Jesús somos «casi» y en él somos «todo».

Padre Nuestro.

Para fotocopiar...

♪ «Casi», de Melendi.

Casi es la mitad que por los pelos
Casi es la distancia entre mis dedos y tu piel
Casi para mí es el verbo ser

Casi llego, pero se hizo tarde
Casi lo derribo, pero fui yo quien caí
Casi lo adivinas, es por ti

() Casi me hago rico pero el banco dijo no
Casi resucito, pero me faltó tu amor
Casi te lo digo, casi grito
Casi me faltó poquito, pero en casi se quedó*

*Casi es mi apellido desde que te fuiste
Casi es lo más triste que por ti he vivido
Casi es el atajo que lleva al atasco
Tanto por ciento de casi, tonto por ciento de fiasco
¿Cómo va a salpicarme la vida si salto los charcos?
¿Cómo va a salpicarme la vida si salto los charcos?*

Casi nunca tiende al infinito
Casi es mucho o poco es relativo, ya lo sé
Casi determina quién es quién

Casi más que adverbio es advertencia
Casi es la promesa que jamás lo lograré
Es querer volar, pero de pie

(Estribillo)*

Casi es el silencio donde se esconde el valor
Es el prisionero de la duda
Casi es la semilla de la que nace la flor
Que queda en capullo de por vida
Casi vive siempre destemplado y a la espera
De algún movimiento inesperado

Es el epitafio más común en las esquelas
De aquellos que nunca lo intentaron

Casi es un soldado que jamás pisó una guerra
Y va enseñando sus cicatrices

Casi es ese cuento tan famélico y hambriento
Donde nunca se comen perdices

Casi es un pintor que no sabe que es un marco
Cómo va a salpicarme la vida si salto los charcos
Cómo va a salpicarme la vida si salto los charcos

«Parábola de la gran cena». Lectura de Lc 14,15-24

Uno de los comensales dijo a Jesús: «¡Bienaventurado el que coma en el reino de Dios!». Jesús le contestó: «Un hombre daba un gran banquete y convidó a mucha gente; a la hora del banquete mandó a su criado a avisar a los convidados: «Venid, que ya está preparado». Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: «He comprado un campo y necesito ir a verlo. Dispénsame por favor». Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dispénsame por favor». Otro dijo: «Me acabo de casar y, por ello, no puedo ir». El criado volvió a contárselo a su señor. Entonces, el dueño de casa, indignado, dijo a su criado: «Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad y tráete aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos». El criado dijo: «Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía queda sitio». Entonces el señor dijo al criado: «Sal por los caminos y senderos, e insísteles hasta que entren y se llene mi casa. Y os digo que ninguno de aquellos convidados probará mi banquete».